

XXIX PREGÓN DEL COFRADE

2 de abril de 2009

San Nicolás de Bari

POR MIGUEL ÁNGEL MORENO

A mi abuela Paca, que mira ya la luz eterna de su Virgen de la Esperanza Macarena y el rostro de Dios verdadero, Gran Poder de sus rezos en la tierra.

A mi sobrina Carmen, que aun sin tener siquiera un año, ya siente dentro de sí la importancia de lo que llega sonriendo ante tus pasos, nacida en una cofrade familia candelaria que sabrá llevarla por los caminos de una fe y una religión católica entendida al sevillano modo.

A los sevillanos que escriben pregones con sus vidas sin saberlo. Esos que entre alegrías, penas y devenir propio del día a día componen las notas ciertas de una ciudad incierta en su futuro.

A todos los que han sido, son y serán, porque ellos han abierto puertas y balcones para que Dios entre por ellos desde los templos a las casas. Iglesia penitente de la empedradas calles de una Sevilla que siempre estará cercana a lo que siente, mirando un pasado que se fue sin volver e intentando no perder un futuro que parece que se nos escapa.

QUIJOTES A LO DIVINO

Este pregón ha dormido en mi memoria desde siempre. Sin que yo mismo lo supiera se iba almacenando en mi interior cada día mi vida, grano a grano. Estas palabras no nacieron entre las jornadas gélidas, lluviosas y evocadoras de diciembre, enero o primeros de febrero. Ni con las tardes tibias de la incipiente primavera. Entonces, en esos días se iban escribiendo en negro sobre blanco, salían y brotaban con cierta torpeza infantil para que hoy sean pronunciadas en mi iglesia, en el templo de mi niñez semanasantera.

Estas reflexiones que hoy expongo a tres días de la mayor ilusión anual de todos los años, estos pensamientos me han acompañado desde que por primera vez respiré el aire otoñal de esta Sevilla a la que quiero como a una madre, a la que cortejo como mi novia y la que me guía como compañera inseparable de mi viaje existencial allá donde vaya.

Sentía el bullir de la ciudad y su manera se entender a Dios ya en el vientre de Carmen, mujer del pueblo llano y grandioso a la vez, crecida en la fe simple, maravillosa y única de la ciudad que ama a Dios mirándolo a los ojos, sin miedo, porque es un vecino, porque en Sevilla Dios habita como nosotros, es uno de los nuestros, siempre cercano y respetado, tratado con cariño.

Crecí alimentando mis conocimientos y sensaciones a fuego lento en la marmita de la familia, madurando lentamente mi creencia en la fe de mis mayores, la fe de ese nazareno de merino en capa y túnica y terciopelo negro de antifaz que un día me dio su mano en la calle Feria. Agarrado a ese asidero paterno di mis primeros pasos formando parte del ejército de la paz que son los nazarenos de Sevilla. En mi memoria y en fotografías queda reflejado ese rostro de felicidad y alegría paseando varita por las filas de mi tramo. Ya no solté jamás esa mano que me ayuda a revivir la alegría de una Sevilla perdida, triste entonces pero humanamente feliz en su penuria. Cuánto tendríamos que aprender de esos sevillanos de la posguerra para saber que la felicidad está en tu entorno, con los tuyos, que no es más feliz quien más tiene, sino el que menos necesita. Hoy sufrimos crisis por las calles de nuestra ciudad, pero quizás sea mayor y aún peor la galopante crisis de valores que tenemos, más que la de dinero.

Este texto tiene miles de páginas escritas día a día, con ilusiones de vísperas, nervios de salida, asombros de descubrimientos donde creíamos que no había nada nuevo, confirmaciones año tras año con la certeza del cumplimiento de los ritos, vivencias que dibujan una existencia paseando siempre por las calles de Sevilla.

Páginas que se escribieron no sólo en Semana Santa y Cuaresma. Estas hojas salieron de duros inviernos de

lluvia, poca luz y frío, cuando parecía que nunca llegaba el Miércoles de Ceniza y por marzo celebrábamos que ya había nacido el azahar. Será un tópico manido, sí, pero a mí me encanta hablar con mi amigo Javi Márquez de nuestras cosas terrenas sevillanas y llamarnos el día que uno de los dos ya ha visto la primera flor blanca en un naranjo. Entonces es como si ya pudiéramos respirar tranquilos. Símbolo inequívoco de que lo que tiene que llegar, ya viene.

Más hojas se han escrito en colonias de verano de niños sevillanos en una playa de la Jara salvaje, donde hablábamos de cofradías paseando por la antigua vía del tren que llevaba a Sanlúcar de Barrameda. Lo que vendría a ser, como se diría hoy, un *'remake'* de *'Stand by me'* al sevillano y sanluqueño modo. Veranos interminables, aunque sólo eran quince días, con don Eduardo y don Salvador como patriarcas (laico y clerical respectivamente) que llevaban hasta la Jara a los niños de las cofradías sevillanas, a carráncanos y a seises. Allí se forjaron amistades que hoy perduran, como con los hermanos Muñoz (verdad, Mosca), con mi primo Chico – más que primo, el hermano mayor que nunca tuve-, con el que primero es mi amigo y más tarde sería mi cuñado Juanma, acordándonos todos siempre del sin par Juanito cantando a un niño que miraba al mar cuando recordamos ahora esas quincenas estivales de finales de los setenta y principio de los ochenta. Lejos quedan en el tiempo, que no en el corazón. Allí nacieron cofrades importantes.

Y así año tras año. Creciendo, viviendo y sintiendo como cofrade cada día, porque se es cofrade siempre a pesar de que nos tachen de anacrónicos. Somos como bien definió Antonio Rodríguez Buzón en su histórico e inolvidable pregón “sevillanos de la mejor estirpe / estirpe de la mejor Sevilla / y perfectos cristianos en la más avanzada vanguardia de la cristiandad”. Eso somos los cofrades, fiel infantería de la Iglesia en Sevilla, portadores de la buena nueva evangélica por las calles de la ciudad una semana al año, y cincuenta y una en nuestros barrios, entorno y familia.

Porque hoy hablamos de los cofrades, que no de cofradías, porque ser cofrade no es solo salir de nazareno, vivir la hermandad en Cuaresma y sus cultos anuales. Ser cofrade es una manera de ser cristiano y católico al sevillano modo. Cofrade se es todo el año y no sólo una semana. Ser cofrade es sentirse cerca del alma cierta de esta ciudad, la que intuimos, buscamos y encontramos los que a ella nos dirigimos humildes y servidores de la gran madre que es, a pesar de las atrocidades que hacia ella podemos cometer: la Muy Noble en su actitud más amable; Muy Leal con sus formas, aunque se están deformando muchas; Muy Heroica en su defensa, ante tanto ataque que agravia su espíritu; Invicta en su fe y Mariana Ciudad de Sevilla.

LOS AUSENTES

Todos tenemos en nuestro interior un pregón. Todos tenemos una manera de vivir y de sentir Sevilla, con nuestras propias vivencias y hermandades. Por eso, también es un poco pretencioso por mi parte osar contarles algo que ustedes mismos conocen mucho mejor que yo.

Hoy, en cambio, estamos aquí para anunciarles que la vida llega en tres días. Sí, la vida entra por las puertas de Sevilla en la luminosa mañana anhelada de cada Domingo de Ramos, aunque muchos, los que no entienden o no quieren entender, pretendan ver en la Semana Santa sólo un culto a la muerte, trasnochado y arcaico. Qué lejos están de la verdad.

La Semana Santa habita en el territorio del sentimiento y la pasión. La Semana Santa tiene su fundamento, el que la mantiene en pie a través de los siglos, en la fe, en la esperanza de un mundo mejor, en Dios y en su bendito Hijo, en su Madre Santísima, en la religión cristiana y católica que un pueblo abraza por siempre. Y siempre llega igual, cíclica. Fiel a su cita en el calendario del alma sevillana, que va marcando los días desde que Baltasar arroja el último caramelo.

Pero además, aunque sea igual, la Semana Santa es distinta porque cada año la realidad se conforma entorno a

lo que no está, a los contrastes, a esas palpitaciones del corazón que trae a nuestra memoria otras Semanas Santas anteriores, otros momentos, otros amigos, otros familiares, cosas que pasaron y que ya no volverán. Esas ausencias harán que el fervor que hacia nuestras imágenes sentimos se acreciente en cada estación de penitencia.

Cuando nos fijamos en ese tramo y ya no vemos la mirada del amigo; cuando buscamos inútilmente en aquel balcón de Cristo Rey a esa mujer que todos los años, emocionada, lloraba viendo pasar su cofradía de San Bernardo; cuando en el caminar hacia la Catedral ya no vemos recortada la sombra de nuestros pasos en esta o aquella casa, con geranios en los balcones, clavellinas y macetas de mil colores regadas de la gracia sevillana, que esperaban a las cofradías de su barrio aún siendo del centro y que ya no están porque la mísera especulación los ha llevado al desarraigo y la diáspora, trasladándose con sus sentimientos al más allá de una ciudad si acaso más inhóspita, menos humana.

Cuando la Estrella vaya al cielo nos faltarán las primorosas manos de Antonio Garduño, como nos falta la voz de Ramón Sánchez, la gracia del Boina y la seriedad de Manolo Bejarano.

No encontraremos por Federico Rubio la sonrisa socarrona de Ramón Ybarra, los enfados de mentira de Manolo Luque, la seriedad sevillana de Manolo Campos o de Antonio Jiménez. En el Salvador no está don Juan

Garrido Mesa. Ni por San Vicente nos empaparemos de la sabiduría cofradiera de Juan Carrero, o la sapiencia de Filiberto Mira por San Gregorio.

Ya no está mirando a la Virgen del Valle los ojos serenos de Alberto Fernández Bañuls. Y por Resolana no viene Pepe ‘El Sentencia’, de morao y con hebillas de Fernando Marmolejo en las manoleínas toreras, con andares cansinos de sevillano purista, último testigo de esa Semana Santa de nazarenos y tabernas, antifaces levantaos y túnicas ‘*vestías*’ desde la Madrugá hasta el mismo Domingo de Resurrección, enredado en su propio Jardín del Edén sevillano. Hay qué ver lo que nos gustan a los cofrades esas fotos antiguas, de color sepia, con aromas de anís, coñac y vino peleón. Ayyy, cómo las criticaríamos hoy en día. Así es Sevilla.

¿Y nosotros? Ni nosotros mismos nos reconocemos. Esa ausencia de la inocencia, de cuando de la mano de nuestro padre, antifaz levantado, sonrisa feliz y varita, salíamos de nazarenos para dar caramelos a los demás niños, que en ese juego consistía para nosotros salir de nazarenos, como ahora juega Nicolás cerca de su Señor de la Salud. Él ya va aprendiendo la lección que nuestra tierra nos inculca desde la cuna. Porque como dijo el poeta Rilke y hace poco recordó Antonio Burgos en la presentación del libro de mi amigo Carlos Navarro: la infancia es la verdadera patria del hombre. Y en esa patria de himno compuesto con tambores y cornetas, de banderas de

esperanza, en ese país del incienso, azahar y luna suave de primavera disfrutaban los niños sevillanos su felicidad.

Pero ahora, en medio de nuestra madurez, ¿dónde estamos nosotros mismos? ¿Adónde se fue esa Semana Santa de la niñez? ¿Por qué es tan cruel el paso de los años? Como dijo Luís Cernuda, hay un momento de nuestra vida en el que el tiempo nos alcanza, y ya todo es pasado.

Es en ese instante cuando llega el momento de la evocación. ¿Qué es la memoria, regocijo interno del tiempo pretérito o depositaria de bellos recuerdos que alimentan el alma de nostalgia y, a veces, hasta de penar? Otras personas, ante estas preguntas casi existencialistas, podrían entrar en un estado de grave de depresión y necesitarían de la ayuda de un psicoanalista. El cofrade no. A nosotros nos basta con una papeleta de sitio en nuestras filas de la cofradía.

No, porque el cofrade aunque sufre, no padece, ya que el recuerdo aviva la fe; el cofrade no, porque gracias a esos recuerdos vividos, a esos amigos que marcharon al reino de Dios Padre y a su memoria, cuando miramos a los ojos de nuestra imágenes es como si nuestro vínculo sea aún más fuerte y cercano: la ausencia nos une, nunca nos separa.

Por eso, aunque muchos nos quieran vilipendiar, acusarnos de anticuados, de pertenecer a tiempos rancios,

se mofen de nosotros y hasta nos acusen de ser prosaicos y repetitivos, demostramos que cada año no es igual y que estamos más vivos y vigentes que nunca.

Es imposible que sea igual, porque cada año tú eres distinto, porque cada año el mundo cercano que te rodea es diferente, porque cada estación de penitencia se realiza en condiciones sentimentales semejantes pero peculiares cada primavera.

El rito, la calle, los pasos, las cofradías, los olores, el barrio... Siempre lo mismo, sí, y que no cambie. Pero nunca será igual mientras que la Semana Santa, Sevilla y los sevillanos sigamos morando en el territorio del corazón, el sentimiento y la pasión.

NORTE Y GUÍA

En Sevilla hay un símbolo de la fe que no ofrece dudas y que, además, presenta ese carácter ecuménico y devocional que la ciudad ha tenido desde que Hércules la fundara según la mitología. Me refiero a la Giralda. La Giganta de Cervantes fue el reclamo musulmán de una ciudad culta, refinada y religiosa. Y Hernán Ruiz la convirtió en el estandarte de ese templo catedralicio tan grandioso que los que hoy lo contemplamos tomamos por benditos locos a los que la hicieron.

Esa veleta del tiempo que guarda a los sevillanos del mal lleva grabado en las cuatro caras de su piel la creencia de la ciudad: TURRIS FORTISSIMA NOMEN DEI. Así, distribuyendo el proverbio 18° a los cuatro vientos, canta la Giralda la razón de su fuerte arquitectura. El nombre del Señor es alto y fuerte, eminencia torreada. Para su alabanza hicieron esta torre los musulmanes. Para la oración, con campanas benditas, la prolongaron los cristianos y la coronaron con la Fe Victoriosa.

Alrededor de esta torre, que guía nuestro caminar y fija nuestras miradas cuando nos vamos o llegamos, se fueron forjando la personalidad de nuestros cofrades y cofradías, vertebrando la ciudad desde el siglo XVI ininterrumpidamente. Primero de forma gremial y por razas, luego por barrios y devociones, y ahora por tradiciones, afinidades y familia. En definitiva no olvidemos que los cofrades somos el asociacionismo más importante de Sevilla, con más fuerza y poder que ningún otro.

Cofrades de Sevilla al servicio de la Iglesia, a pesar de que en ocasiones nos hayamos vistos encontrados con cierta jerarquía eclesial, aunque siempre fieles a nuestro pastor y a nuestras creencias, pero conscientes de nuestra importancia, por la que reclamamos el puesto que merecemos y que nos hemos ganado a través de cinco siglos de hermandades y cofradías. En otros sitios no se, pero en Sevilla las cofradías y los cofrades son la mejor

manera de propagar el Evangelio de Cristo. Y eso a pesar de nuestros errores que como humanos que somos cometemos, algo lógico y natural, ya que en todo lo que el hombre está presente hay fallos e imperfecciones. Absolutamente en todo.

La Giralda nos vio nacer y crecer. Hacia ella nos dirigimos desde todos los puntos de la ciudad, cada vez más alejados. Bajo su sombra hierática y firme desfilamos de vuelta hacia nuestros templos después de cumplir con nuestro cometido como cofrades en Semana Santa, que no es otro que hacer estación de penitencia a la Santa Iglesia Catedral. Y con su perfil a nuestra espalda desandamos caminos de Dios por las calles empedradas de la urbe soñando con volver hasta ella cuando la Luna de Parasceve vuelva doce meses más tarde.

La Giralda, nuestro grito a los vientos de la fe, aquella que nos confía el secreto de esta ciudad ecuménica, crisol de culturas. La Giralda, el primer nazareno. Y es que, como destacaba Manuel Sánchez del Arco en el libro Cruz de Guía, “la Torre centra, afirma y preside la Historia de la ciudad. Entendedla...”

LO INMATERIAL

En Semana Santa, para el cofrade, qué alegre se despierta el día. Cuanto goce, disfrute, cuanta felicidad desbordada muestra una mañana de cualquier día de Semana Santa. Y a la vez, cuanto recogimiento. La calle explota, pero en las casas hay salones en los que los nervios se desbocan, a pesar de querer contenerlos. Es la ciudad de los contrastes en la expresión más natural, más cercana. Hay un mundo que separa la calle y la casa.

La mañana se rompe en luz y embriaga el barrio, la iglesia rebosa de abrazos y sonrisas nerviosas en la misa de hermandad. Mientras todo esto ocurre, en la casa una túnica reposa en la cama grande del dormitorio, aguardando el instante supremo, único, de cobrar vida nazarena.

Las horas transcurren lentas y rápidas de manera indiferente. Se consulta el reloj una y otra vez, como si quisiéramos consumir el tiempo en un instante. Casi ni almorzamos, sólo pensamos ya en vestir nuestro hábito nazareno y en caminar hacia nuestra fila, de forma anónima, con nosotros mismos y con Dios.

Llegamos al templo, nos despojamos del anonimato entre los nuestros y nos dirigimos a los pasos. Hacia los altares efímeros de la gloria semanasertera se elevan musitadas oraciones de recuerdos, donde habitan todos nuestros ausentes, que hoy también están entre nosotros.

Sí, busca al lado tuyo y encontrarás a quien creías que falta para siempre, y hoy te está contemplando en San Nicolás, en San Isidoro o por San Martín.

El recuerdo es el único paraíso del que no podemos ser expulsados, y es a través del recuerdo como se han forjado las historias de las hermandades. Gracias a la memoria y a nuestra fe en nuestras imágenes devocionales. A ellas las miramos y en sus rostros, en sus ojos vemos a los que se fueron y ellos nos ven a su vez.

Quien no cree, no quiere creer o tiene miedo a creer, que cualquiera sabe, porque creer es comprometerse y hoy en día el compromiso es un verbo que se conjuga poco; como digo, en demasiadas ocasiones esas personas incrédulas nos intentan criticar e incluso se llegan a reír diciendo eso de “te quedas embobado mirando, ¡si es sólo una imagen de madera!”. Qué lejos están de la verdad. Ciertamente es una imagen de madera, en lo material, pero en lo espiritual y sentimental es el vehículo, la conexión directa con Dios. Pero no como un túnel físico que nos eleve hasta la contemplación del Altísimo, no. Es a través de las palpitaciones de tu corazón donde Dios habita y lo sientes al mirarlas. Y no sólo a Él contemplas cuando a Ellas te acercas.

En ellas te ves tú en tu primera salida procesional, túnica de la hermandad antigua y ya descolorida, varita, tu madre cerca y la calle tronando de vida a tu alrededor, que cómo suena la calle cuando vas de nazareno. Una calle

que es vida en un culto de muerte, pero es que los cristianos, los sevillanos, no vemos muerte sino esperanza de vida en nuestras imágenes. Eso es lo que no entienden. Allá ellos.

En tus imágenes te ves tú de rodillas ante su altar suplicando su auxilio y su apoyo en los momentos difíciles.

En ellas ves el triste momento de traer las cenizas de tus seres queridos, los momentos más difíciles de entender para la limitada mente humana. La superación del dolor sólo llega ante el consuelo y alivio de la presencia de Cristo y María en sus altares, cercanos al cofrade, al devoto. Y entonces nos damos cuenta de que quienes se han ido no nos faltan, sino que están en ellas, en nuestras imágenes, dentro de su espíritu que es el nuestro. Miradlas y los veréis.

En ellas no sólo está lo material, la madera, el oro, el terciopelo, las bambalinas, la plata, la música, la cera, el olor a incienso, las flores. No, en ellas está lo inmaterial aquello que no se puede tocar con las manos y que la mente se niega a concebir bajo su impuesta racionalidad.

En ellas, en definitiva, está Dios, estamos sus hijos, están los que se fueron y los que llegarán. En ellas, en nuestras sagradas imágenes está todo lo que el cofrade necesita para entender el sentido de su vida.

LAICISMO Y COFRADÍAS

La Semana Santa es más que una expresión religiosa. En eso estamos todos de acuerdo, pero no debemos confundir lo religioso con lo social, antropológico o cultural. Aunque eso es muy difícil hoy en día. Máxime porque nosotros mismos caemos en el error de equivocar nuestra gran fiesta religiosa como una mera expresión pagana, en la que es más importante un palco en la Plaza de San Francisco o la ampliación de la Carrera Oficial, que la raíz religiosa ineludible que tienen las hermandades en sus expresiones como cofradías. O lo que es peor, caer en la tentación de la manipulación, de la perversión de nuestras reglas, escritas o no, por conseguir bienes y posiciones que se nos antojan imposibles de lograr si no es claudicando ante el poder político, económico o social.

Sevilla, la ciudad del teatro callejero, en la que a todos nos gusta participar en la función que representamos día a día, explota en siete días, se aflige durante siete días, se reinventa para siete días, se muestra como en un escaparate durante siete días y todo ello con una pose forzada en ocasiones, escondida en tradiciones alejadas de la verdad y, en muchos casos, inventadas para la ocasión.

Eugenio Noel hace casi cien años puso puntos sobre ‘*ies*’ dolorosas hablando de la escenificación alejada de religiosidad de las cofradías, escribiendo sobre una ciudad que vive ensimismada en su propia burbuja y que sólo sale de ella para mostrarse como la nueva Jerusalén cada primavera.

En una crítica mordaz, escrita a principios del siglo XX, llega a decir que “Sevilla no se limita a recordar el Evangelio, lo vive; no se satisface con vivirle, lo impone. Si alguien, moralista, (...) pretendiese esos días coartar su decisión, sentiría haberse atrevido a tanto. Tienen la preocupación de los Divinos Oficios. No los sienten, pero simulan tan bellamente esa emoción, que sería inútil cambiarla por la verdadera”.

Duras palabras que casi una centuria después tienen vigencia por culpa de muchos de nuestros comportamientos.

Porque el ser cofrade, el sentir la cofradía como parte real de la Iglesia con sus obligaciones y deberes, ha pasado a un segundo plano en la mayoría de aquellos que visten la túnica nazarena. Lo hacen por tradición familiar, modismo o quién sabe. Es la tristeza, el lado oscuro que existe en nuestras hermandades y no podemos negarlo, ya que en caso contrario haríamos un flaco favor a nuestra fe verdadera.

Pero detrás de tanta fachada con desconchones hay una estructura religiosa fuerte, recia y firme que sustenta la fiesta y sin la cual no podríamos mantener viva esta verdad nuestra que es la Semana Santa. Una acción de cofrades que han trabajado para defender la fe cristiana a veces por encima de la propia Iglesia. Una verdad absoluta que hace que los cofrades sevillanos sigamos creyendo, trabajando y luchando por nuestras hermandades.

Sevillanos que defendieron el Dogma de la Inmaculada Concepción, que antes que Roma mi Sevilla proclamó, como cantaba el genial Silvio. Cofrades como Antonio Filpo Rojas en San Bernardo, movilizándose para plasmar en el escudo de la ciudad lo que todo el mundo sabe, que Sevilla es muy mariana. O Juan Manuel Rodríguez Ojeda, reinventando el bordado para una Sevilla nueva en un siglo nuevo, como Castillo Lastrucci hizo para rehacer la Semana Santa de la posguerra.

Luis Rodríguez Casso, Ramón Martín Cartaya, Juan Delgado Alba o Juan Moya Sanabria, cofrades de sapiencia antigua y entendimiento actual que se marcharon demasiado pronto a la nómina de nazarenos en el cielo.

O el padre Leonardo Castillo, que nos enseñó a ser costaleros sin trabajadera de madera, sino con un costal de sonrisas para un Cristo Vivo.

Antonio Delgado-Roig, quien fue capaz de darle cobijo a Dios en su templo ahora basílica con planta

pagana, porque la sola presencia del que Todo lo Puede era suficiente para sacralizar todo a su alrededor en la plaza de San Lorenzo.

Joaquín Romero Murube, quien cantó a esos cielos que perdimos y que por desgracia seguimos perdiendo, soleano de lánguida mirada.

El cardenal bueno y humilde, con sentido cofrade sevillano de la medida, fundador de las Esclavas Concepcionistas, don Marcelo Spínola.

O esos cofrades de rancio sabor sevillano, clasicismo puro como Pepe Sánchez Dubé, Antonio Ríos Ramos, Antonio Soto Cartaya, José María O’Kean, o jóvenes pero veteranos cofrades a la vez como Pepe Roda Peña, Rafael Medina, Paco Vélez de Luna, Juan Carlos Heras y tantos otros que por no nombrar no quiere decir que no estén.

Y anónimos sevillanos, perdidos en sus antifaces, sólo ojos que miran a la ciudad que los miran, cofrades que se agarran a la vida con su cirio; que no cumplen años, sino Domingos de Ramos. Cofrades que tienen cada año una nueva partida de bautismo firmada por un mayordomo en su papeleta de sitio, que protestan su fe en Cuaresma en largas filas de iguales que llevan a besar las Sagradas Escrituras. Cofrades humildes que tienen como bien máspreciado su túnica y su medalla, que no presumen, sino que trabajan en pos de su hermandad y su ciudad.

En definitiva, cofrades de Sevilla que rompen tópicos y marcan escuela, uniendo laicismo y cofradías para que las hermandades sean la mejor manera de cohesionar desde siglos atrás el espíritu y alma social de Sevilla, caminando al cobijo y al amparo de la fe verdadera, ajenos a tópicos y estereotipos. Como dijo Buzón, auténticos Quijotes a los divinos.

ESTIRPE COFRADIERA

¿El cofrade nace o se hace? Pues ambas cosas. Se nace cofrade en el seno de una familia de estirpe cofradera. De padres a hijos se pasan apellidos en nóminas de nazarenos, la casa familiar es hermandad y capilla a la vez, la vivencia del día a día se enmarca entre recuerdos del pasado, ilusiones del futuro y realidades del presente.

De nuestros padres aprendimos a amar a Sevilla y a sus cofradías. Ellos nos entregaron el mejor regalo, la vida, en el mejor sitio posible, Sevilla. De su mano recorrimos la ciudad descubriendo sus más profundos secretos y junto a su figura penitente -seria y austera por fuera, tierna y cercana por dentro- conocimos cómo se comporta un nazareno sevillano.

Nuestras emociones están íntimamente ligadas a nuestras imágenes, a nuestras cofradías. Quien les habla no entiende la Semana Santa y la vida sin mirar los ojos cansados de su Señor de la Salud, aquí y ahora tan cercano aunque alzado en su paso. Junto a Él camino cada Martes Santo, a Ti me encomiendo en cada momento, tu rota figura -encorvada, doblada, dolorida- me conmueve y me reconforta a la vez. Eres mi compendio de la vida. Eres Salud aunque parece que ni con la cruz puedes. Pero Tú, mi Señor de la Salud, eres fuerte y junto a tu tallada túnica de policromía barroca sevillana se reúne mi familia para pedirte no soluciones, sino que no nos abandones, que estés siempre ahí, que en tu humildad sigas siendo grande en tu pequeña figura.

Humilde y sereno es el Señor de la Salud. Junto a Él y a nuestra madre Candelaria, luminaria de nuestros días, luz que nunca agoniza, dulzura en el llanto, lozanía de mujer de la Alfalfa en su belleza, entre ellos se han forjado y se forjan multitud de cofrades, grupo joven y mayores, costaleros y coro, capataces y priostes, sacristanes y acólitos. Es la manera de sentirse cofrade, miembros de una familia de mil apellidos.

Pero a ser cofrade también se llega desde fuera. El simple hecho de que una persona sienta dentro de sí la llamada de la fe cristiana conmovida por la devoción a una imagen o a un paso, ese simple motivo superficial pero cargado de mensaje, justifica cien años de hermandad. Ese mensaje al que sí llegan muchos que no tuvieron cultura

cofrade o cristiana en su educación, pero que tienen el corazón abierto a Sevilla de tal manera, sin complejos, que en él penetran los efluvios de las hermandades.

Hombres y mujeres que se acercan a nosotros cuando la vida aprieta y ven que su único asidero son Cristo y María, esos que veneramos en nuestras corporaciones, en los que radica lo cierto, lo que es, lo que fue y lo que será.

También hay cofrades que no participan en nuestra Semana Santa o nuestras cofradías en el día a día, que no saben que son cofrades, pero en su interior viven cuál célula durmiente las cofradías. Gente que se vuelca con los demás en hospitales, residencias, trabajos voluntarios, ayuda a los más desfavorecidos. Ellos también son cofrades en muchos casos aunque ni siquiera lo sepan. Otros viven alejados de la verdad, en la comodidad de la incredulidad, hasta que llega un día en el que por azar visitan una iglesia, o contemplan el discurrir de una cofradía por donde menos se lo esperan y notan la llamada en su interior, se suaviza y engrandece el espíritu y a partir de ese instante todo se ve distinto.

Los caminos del Señor son inescrutables y hasta Él se llega de mil maneras. Por eso, lo importante es llegar; el cómo, Dios nos lo irá marcando.

LAS MANOS DE UNA MADRE

En toda esta historia cofrade hay un detalle importantísimo sin el que es imposible entender esta novela real que se repite año tras año: las manos de una madre.

Ellas nos dieron la vida, humana y cofrade. Ellas nos alimentaron en su vientre, luego se desviven día a día, se sacrifican por nosotros sin pedir nada a cambio. Y además, ellas nos fueron alimentando como cofrades, con raciones de paciencia, dulzura y entendimiento.

Las manos de una madre visten al cofrade y lo cuidan en su dimensión más absoluta. Da igual que estén cansadas, ajadas de fregar o de trabajar, le duelan las rodillas y el sueño sea escaso. Esas manos están siempre dispuestas para vestirnos ya sea con túnica de cola, capa o ruán; o para revestir nuestro espíritu de conciencia familiar, esa que en ocasiones perdemos y que por tanto nos hace olvidar nuestros orígenes. La madre nos hace ver de dónde venimos, a dónde hemos llegado y hacia dónde dirigirnos, con el comentario exacto y sosegado del poso de los años. Ellas son catedráticas de la universidad del día a día.

Nuestra madre nos viste de nazarenos desde pañales. Todos recordamos como nos colocaban las túnicas y nos hacían pasear por el pasillo de casa para ver como caía la cola o cómo quedaba la capa. “Estate quieto chiquillo, que te voy a pinchar sin querer con el alfiler”, nos inquirían

cuando nos ajustaban esa túnica de nuestro primo o hermano mayor que nos quedaba grande, herencia de generación en generación. Las mismas que cada año nos prometían que al siguiente nos hacían una nueva, sólo para mí, mi túnica, el bien máspreciado aunque sólo la vista una vez al año. Porque la túnica es símbolo de pertenencia a algo más importante que nosotros mismos y la veneramos sin caer en vanidades. Nuestra túnica es nuestra piel en una tarde primaveral de Semana Santa. Ella recoge nuestros pensamientos, se embriaga del aroma de la ciudad, que va a acumulando año tras año, y ella es en sí un almacén de recuerdos y vivencias que perduran más allá de nuestro propio paso por esta tierra.

Por eso, nuestras madres amorosamente preparan esas túnicas cuando el invierno empieza a irse; planchan los antifaces y prenden los escudos; limpian los trajes para la función principal; buscan las medallas que nunca encontramos y ellas sí; sacan nuestras papeletas de sitio, que para eso los padres están muy liados, ellas no, claro; preparan el bacalao para hacerlo con tomate o garbanzos, que el viernes es vigilia y se nos olvida; compran el estreno de cada Domingo de Ramos para que no se nos caigan las manos, aunque sean unos simples calcetines; se colocan en un segundo plano en la cofradía, vigilante, pendiente de sus nazarenos que nos les falte nada; nos reconocen en medio de una fila de iguales aunque tratemos de disimular nuestra presencia, porque es la llamada de la sangre y a una madre no se la engaña nunca, aunque lo intentemos; presumen de sus hijos o nietos,

pasando túnicas de unos a otros porque ellas se encargan de guardarlas, por si acaso y porque es su ilusión; no ven la cofradía sino en el tramo de los suyos, los pasos casi ni existen; la Semana Santa para ellas es el día de su hermandad, el resto es un antes o un después de; no tiran el programa de mano cuando ya la Semana Santa pasó no sea que el niño lo quiera guardar, ese programa gastado y con las marcas de haberlo doblado para meterlo en el pantalón o en la chaqueta.

Igual que María mimó a su Hijo, que era Dios pero para Ella sólo era un niño, las madres miman y cuidan de sus hijos como simiente sevillana de cofrades por derecho. Son ellas las que tienen el papel más importante de esta película, sin ellas no se entenderían tantas escenas de nuestras cofradías. A ellas les debemos el estar y el ser. Su sacrificio merece un monumento, pero no sólo en nuestros corazones. Hoy que tanto se comenta y se nos llena la boca hablando de igualdad, ellas nos enseñan sin lecciones categóricas que la igualdad comienza por reconocer a cada uno su lugar, empezando por uno mismo, respetando el de los demás y sirviendo con humildad. Todos deberíamos entenderlo así.

Las manos de una madre son hacedoras de milagros anuales, las que hilvanan filas de nazarenos y cofrades de Sevilla, las que moldean nuestra forma y nuestro ser, las que dibujan nuestra sonrisa, acarician nuestro espíritu y miman nuestro corazón.

CUENTO DE UNA NOCHE DE PASIÓN

Las sombras de la noche tomaban la ciudad. En los hogares las luces estaban apagadas, salvo en alguna ventana, y el silencio reinaba con paz y sosiego en cada dormitorio, en cada esquina del viejo barrio. Las calles estaban vacías y tan sólo algunos trabajadores de Lipasam baldeaban las calles después de una jornada de calor y color brillante de Semana Santa.

No había nadie más. Era ya tarde. Era como un sueño. Esas callejas que pocas horas antes estaban rebosante de vida, con gente por todos sitios, ahora eran un desierto frío recortado en esquinas de calles legendarias con nombres evocadores de otro tiempo. Calles que durante una semana son las venas por las que corre la sangre de la vida eterna en forma de cofradías y regueros de sevillanos que descubren año tras año barreduelas que desconocían, balcones que sólo vieron en fotografías, esa Sevilla íntima y eterna que sólo se abre a los iniciados, limpios de corazón hispalense, descubriendo que otra Sevilla es posible, que la inmaterial se materializa ante nuestros ojos. Una Sevilla tan desconocida en el día a día como real en nuestra memoria colectiva. Es el conjuro de Sevilla para no perder nunca su juventud llena de lozanía, renovándose de primavera en primavera.

En los adoquines de esas antiguas calles resonaban los pasos de nuestro protagonista que rebotaban en las paredes de las casas cuando andando se marchaba ya por fin a casa, a intentar descansar algo, aunque los nervios no se lo permitían.

Nuestro amigo vive cerca de la hermandad y mañana, por fin, es el día de la salida, en el que se agolparán recuerdos y emociones, como todos los años, con nervios y felicidad a la vez.

Hoy ni ha visto las cofradías que salían. Ha estado todo el día ayudando a los sacerdotes, colocando las cajas de cirios en cada tramo, las cruces de penitentes en aquella esquina del templo, montando el altar de insignias y ha ayudado a cortar tallos de claveles para que los floristas pongan bien el exorno y no falte de nada. El día ha sido muy largo y emocionante.

Con la iglesia cerrada a cal y canto, los sacerdotes y sus ayudantes han apagado todas las luces, han encendido las ‘marías’ del palio y algunos codales del Señor y antes de marchar, en respetuoso y sentido silencio, se musitó una plegaria individual y colectiva a la vez dirigida hacia los pasos, alumbrados por escasamente cuatro temblorosas velas. Mientras, alguno ya impaciente hasta ponía ‘Pasan los Campanilleros’ en el viejo picú para que todo pareciera más real aún, tan real que había hasta quien veía casi que las bambalinas se movían.

Todo estaba dispuesto para el día siguiente.

Siguió caminando ensimismado en su sueño envuelto de sombras sevillanas. Al llegar a casa, cansado pero satisfecho, nuestro hombre abrió lentamente la puerta del piso, modesto, no muy grande, pero cerca de su hermandad de toda la vida, en su barrio de siempre, el que lo vio crecer corriendo de casa a la iglesia o al parque con los amigos, ese barrio de pregoneros de plazoletas con cisco picón, de ‘afilaores’ con su peculiar sonido silbado, de olor a pan recién hecho y carros de nieve llenos de chiquillos tras de él. Ese, su barrio de la Sevilla de siempre, del que tantos de sus amigos de la juventud se marcharon. Él no. Él consiguió seguir dibujando su vida en las calles sentimentales de su niñez. Y con él, su familia.

Intentaba no hacer ruido al entrar en casa. Su hijo, de corta edad, dormía plácidamente en el primer cuarto. No quería desvelarlo por nada del mundo.

Su mujer también dormía. Antes de acostarse le había dejado preparada la cena en una bandeja en la cocina a pesar de que él insistió en lo contrario. “Por si al llegar tienes hambre, hijo, que en la hermandad al final no coméis nada”, le había dicho persistiendo su mujer. Y, claro, como era de esperar, no comió nada y llegó con hambre. Allí, en casa, tenía algún filete, frío ya, y postre de leche y torrijas, para reponer fuerzas.

Estaba agotado pero ilusionado a la vez. Al pasar encendió la luz de la entrada para acercarse a la cocina a comer antes de ir a la cama. Pero algo le detuvo. Al iluminar la breve estancia que sirve de entrada al piso, en el salón contiguo se produjo de repente un reflejo en la oscuridad que le deslumbró y fijó su mirada en esa penumbra.

Entonces se acercó al centro de la sala a oscuras, iluminada tan sólo con la luz posterior de la entrada que recortaba su figura sombreándola entre los muebles y el suelo. Estaba hipnotizado. Lentamente se paró a contemplar aquello que le había llamado poderosamente la atención. Lo miró un tiempo indefinido, sin que marcaran los segundos o los minutos su reloj. En su mente se abarrotaron recuerdos de la infancia, de aquella primera salida cogido de la mano de su padre. De aquellos caramelos, de aquel sonido de tambores, de lo que picaba el capirote. De lo orgulloso que iba con su varita y de las pocas ganas que tenía de salirse de la fila cuando lo reclamaban para llevarlo de vuelta a casa. Incluso se veía dormido en brazos de su madre camino del hogar antes de que la cofradía se recogiera, con la cabeza reposando en los hombros maternos y con una nana de López Farfán, Santiago Ramos, Font de Anta o Vidrié sonando en la lejanía de su duermevela de niño nazareno.

Siguió mirando aquel reclamo luminoso y tierno que centraba toda su atención y que había tranquilizado su espíritu. Con mimo alzó su mano para tocarlo. No quería

estropear la visión y simplemente lo rozaba para que el tacto le provocara todo un escalofrío en la espalda, una sonrisa tímida en los labios, un nudo en la garganta y una lágrima emocionada por su mejilla.

Se olvidó de cenar. Se olvidó del cansancio. Se olvidó de todo en la noche de un día de Semana Santa, se derrumbó en un sofá y se quedó mirándola preparada, lisa, planchada, esperando la vida de un cuerpo cofrade en su interior. Estaba absorto y llorando al contemplar la primera túnica nazarena de su hijo colgada de la lámpara del salón.

LECCIÓN DE COFRADE

La primavera abre sus puertas, es 21 de marzo, y la ciudad bulle porque ya le han pregonado que la vida llega en sólo siete días. Los palcos están dispuestos, los pasos sólo esperan las flores que exornen las andas, las túnicas se arreglan, los últimos capirotos cruzan la ciudad desnudos, sólo cartón, desde Alcaicería hasta los hogares, las bandas ultiman ensayos, los costaleros retranquean palios y misterios, y todos miramos al cielo buscando que no haya nubes que generen dudas.

Este año cae temprana la Semana Santa, todavía hace algo de frío en las anochecidas y la luz no será igual

cuando atardezca. Aún así, el rito está preparado para la ciudad. Pero no para todos.

Esa mañana en la que ya se anuncia la vida, una sombra recorre a una familia cofrade. Hay luz, pero todo es oscuridad. Hay sol, pero teñido de luto. En las calles hay alegría de semana de pasión, pero con sordina, con eco de lejanía que además aprieta el corazón, lo estruja y lo deja exánime, sin pulso.

Uno de los nuestros se ha ido, ya para siempre, a seis días de que la mañana luminosa e ilusionante del Domingo de Ramos llegue, y a ocho de que su hermandad cumpla con su parte del ritual, de la tradición, cumpla con su cita obligada con Sevilla.

La noticia rasga el alma como se rompió el velo del Templo. Mientras Sevilla se prepara para su Semana Mayor, una familia queda rota precisamente en la semana que más ilusión siempre ha despertado en ella, la última de vísperas.

Esa última semana el prioste termina su efímero trabajo, su gloria semanastera de un sólo día, y su orgullo cofrade sale a la calle para admiración de todos. Pero este año, crueldad del destino, no tiene ahora fuerzas para culminar su obra y su mente se llena de dudas.

La ley de la naturaleza dice que los hijos hemos de enterrar a nuestros progenitores, y que lo contrario es un sinsentido, algo antinatural y doloroso al extremo.

Al prioste le pasó eso y las fuerzas flaquearon. Entonces, en ese momento en el que se intenta razonar lo inexplicable; en ese instante en el que la fe no sólo se tambalea, sino que se rompe hecha añicos de desolación e incomprensión. En ese momento en el que sin miedo encaramos a Dios y le preguntamos exigiendo que por qué, que qué hemos hecho mal, a qué viene un castigo tan atroz y brutal como es arrancar a un hijo con toda la vida por delante de los brazos de una madre, esa que ya preparaba otra Semana Santa con ilusión y con la confianza puesta en El que Todo lo Puede para que su hijo sanara de una vez.

No se entiende nada, todo es confusión y las lágrimas empapan pañuelos y manos.

Pero la vida sigue, los días tienen que avanzar. Y cuando el hijo recibe cristiana sepultura llega la reflexión en medio del silencio ensordecedor del hogar, cuando ya todos han marchado y la familia queda sola y ausente. El padre, en su tristeza, deja sola a la madre y se marcha a cumplir con su deber de cofrade. Porque aunque no se entienda por aquellos que no sienten la calida luz divina, el prioste es consciente de la grandeza superior que alimenta su fe, la misma de sus dos hijos, de su mujer y de su familia. La de los suyos.

Por la mañana enterraba a un hijo. Por la tarde se subía al paso de su Señor para mirarlo cara a cara y cuestionarle por el motivo de tan cruenta prueba. La resignación recorre el ánimo del prioste, que sólo encuentra paz en el alma cuando en la iglesia trabajar a solas, para que todo sea como siempre ha de ser. Y así, con humildad, resignación y esperanza trabajó esa semana y el Martes Santo, lleno de recuerdos que se clavan como puñales, ocupó su sitio en la cofradía.

Es la mayor lección cofrade y cristiana que nadie jamás me ha podido dar. Y como él, por desgracia, muchas familias, muchos padres (como mi amigo Pedro) saben que en el dolor no puede estar la rebeldía, sino el amor a Dios. Porque somos cofrades, fiel infantería de la Iglesia Santa Católica Apostólica Cofrade y Sevillana, porque nosotros no idolatramos imágenes de madera, porque en nuestra cultura está presente el amor a Dios siempre como referente principal, porque ya está bien de que el cofrade sea visto sólo como un arcaico e inmovilista, porque ya es hora de reivindicarnos como lo que somos: sevillanos comprometidos con nuestra fe, trabajando 364 días al año en silencio y uno con tambores, cornetas, incienso y música de bambalinas. Ya es hora de que se nos escuche, en la Iglesia y en la sociedad. Hay que dejar de ser timoratos y hablar.

Porque un cofrade no sólo viste una túnica un día, sino que se reviste de ella toda la vida y da muestras de su

compromiso con alegría cristiana, con fe y con trabajo humano día a día. No somos menos cristianos por disfrutar con regocijo esta fiesta de la vida que es la Semana Santa. Dios tiene muchos caminos para llegar a Él, no sólo el contemplativo, el ascético o el austero. Dios también está en el gozo cofrade de la Semana Santa de Sevilla. Esa es la lección que damos todo el año los cofrades responsables, esa es la lección cristiana que el prioste nos dejó y cada días nos ofrece, desde la creencia más pura y sencilla, sin adoctrinamientos ni teologías que escapan a la mente sencilla de la gente humilde, esa que cimienta la fe del carbonero.

Por eso quiero que suenen en las naves de este templo el poema que se escribió en honor de ese hijo que se fue a la vera de Dios Padre un 21 de marzo, dando ejemplo de cofrade y sevillano comprometido. Quiero que suene aquí como homenaje a los silenciosos cofrades cristianos de Sevilla.

Perdonen que no le diga el nombre del poeta, pero es que lo desconozco, sólo sé que el verso se lo escuché en esa triste semana de hace 26 años ya, en una emisora de radio de cuyo nombre no puedo acordarme, aunque lo intento. Nunca lo volví a escuchar, ni siquiera a leer, pero en mi mente se quedó fijo para siempre. Perdonen si no es exacto, pero la memoria falla. El verso decía más o menos así:

Hoy nace la primavera

Y ha marchitado una flor
Porque un joven costalero
Se ha muerto con el dolor
De no llevar el costero
Del paso de su Señor

Ay Señor de la Salud
Cuántas veces te pidió
La salud para su cuerpo
En oraciones de amor

Te llevó sobre sus hombros
Vertió su joven sudor
Y con música de coro
También te ofreció su voz
Cuando esta junto a ti, nunca el tiempo existió
El era tu cirineo todas las horas Señor

Pero porque así lo quisiste
Tú Eres el Hijo de Dios
Y por tu Santa Voluntad
Es seguro gloria eterna para el joven Salvador

Llorará su Candelaria un llanto hondo y mayor
Cuando el mismo Martes Santo suspiren alrededor
Dos varales enlutados
Una oración y un clamor
Un llanto de costaleros
Y un latir de flor en flor
Cuando llegue la hora triste de que suene el llamador.

Lágrimas de sus mejillas el capataz se secó
Con una mirada al cielo
Y una levanta en honor
Por su hermano costalero
Que fue el joven Salvador.

A LAS CALLES

Ya se cierran las puertas de San Lorenzo y se dobla otra esquina de nuestra vida que ya no volveremos a cruzar, aunque se parezca a la anterior vivida y a la próxima en venir. La noche-madrugada del Sábado Santo, cuando avanza el Domingo de Resurrección letífico, llena de tristeza nuestra alma y sosiega el espíritu al punto de la melancolía. Y cuando llegamos a casa, derrotados y vencidos por la fiesta, soltamos en la mesa del salón aquello que nos ha hecho soñar día tras día de la Semana Santa: el programa.

Nuestro particular cuaderno de bitácora cofrade que marca la navegación de cada jornada llega a nuestras manos en la Semana de Pasión, y aunque nos conozcamos al dedillo el itinerario de las cofradías, siempre está guardado cerquita de nuestro corazón durante los días de Semana Mayor. Nos sirve para confirmar horarios, calles o simplemente para distraernos con las fotos mientras la espera se alarga.

Cuando era más pequeño, marcaba sobre el programa dónde había visto cada cofradía, alguna de las cuales estaba subrayada varias veces. Y cuando pasaba la Semana Santa, con la pena aún incrustada en lo más profundo, dibujaba mentalmente los recorridos por el plano de mi alma sevillana cada vez que pasaba por una calle que todavía tenía olores de incienso y cera quemada.

El programa es el anticipo de lo que llega. Cuando cae en nuestras manos lo repasamos de la primera a la última página. Salir sin él es como salir sin zapatos, o sin reloj, aunque en Sevilla y en Semana Santa los segundos, minutos y horas los marca los latidos de nuestro corazón, que se guía por la luz, el aire suave de primavera, el olor penetrante de la ciudad y la intuición sevillana.

Y lo que viene, pasa en un suspiro. Sólo nos quedan dos días de espera feliz, que ya la mañana del Domingo de Ramos llega y se va en un soplo.

Hay que ir a la calle. Salid a la calle sevillanos y tomad la ciudad. Sevilla se abre de par en par y cual pelícano del Amor te muestra sus entrañas más profunda para que nos alimentemos de su milenaria sabiduría y podamos así sobrevivir un año más, entre Domingo de Resurrección y el próximo de Ramos, tiempo largo este que es el purgatorio del sevillano de Semana Santa a Semana Santa.

No lo dudéis. La calle es vuestra, sus esquinas, esa carrera detrás del paso que se va, ese nazareno que te mira, ese cirio que alumbra, esas marchas que suenan, esas levantás que rompen espaldas, esa ciudad que olvida el invierno y nace otra primavera más. Sevilla y sólo Sevilla. Limpia, pura y sincera.

Hay que ir a las calles para ser testigos de la manifestación pacífica de nazarenos de todos los tiempos, Rosario de Amor en medio de un Calvario de Amargura, que a su vez nos ofrece una Candelaria de luz que sirva de Estrella y guíe nuestros pasos llenos de Esperanza en un Mundo Mejor.